



CHILINDRÓN Y EL TRUENO VESTIDO DE NAZARENO

En el barrio todo el mundo lo conocía por don Juanito. En invierno vestía un traje gris marengo, de buen paño, con un pañuelito blanco sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta. En verano, llevaba su sahariana clara y el pañuelo en la mano para darse aire.

Era bajito y rechoncho, con la cara lustrosa y colorá. Sonreía, siempre sonreía. Te veía en la calle y se acercaba con mucha parsimonia, sonriendo:

-¿Te has enterao...?

Entonces contestabas que no (había que contestar que no, que no lo sabías) y él te lo contaba todo con pelos y señales. Luego acercaba su mano regordeta esperando el pago de su buen servicio. Don Juanito era la gaceta ambulante, el periódico de paseo por la vecindad.

-Y estos centimillos son para don Juanito, por si te lo encuentras en la calle, le dice su madre a Chilindrón, mientras se los pone en el bolsillo. Para don Juanito, niño. No para ti, que te conozco.

Don Juanito era el hermano de la panadera. Ella lo cuidaba, lo mimaba y lo tenía siempre tan bien vestido, porque don Juanito no tenía las luces claras de la inteligencia: por su cabeza cruzaban umbrales de penumbra, despistes, empanadas, pamplinas, bolindres, bobadillas. Ay, don Juanito nunca aprendió a leer, aunque todo lo sabía del barrio y a todos sonreía. Don Juanito, a veces, esperaba a la puerta del colegio. Cuando los niños salían, sacaba él su pañuelo blanco y lo agitaba en mitad de la calle. Paraba a los coches para que aquellos niños tan listos (¡si hasta sabían las letras!) cruzaran sin peligro. Hay que reconocer que en eso de dirigir el tráfico don Juanito era una autoridad.

Era abril y el aire estaba perfumado y tibio. La gente sacaba la túnica del armario, ajusta capirotos, plancha las capas. Los vencejos gritan en la calles, don Juanito lleva su traje de entretiempo, los olmos echan sus hojitas nuevas, y la luna...la muy tuna, se sonríe y se ríe como don Juanito. Las niñas llevan los calcetines blancos y las trenzas firmes, como recién planchadas. Los gorriones pían de acá para allá alborotando la calle, pidiendo guerra. En fin, que es primavera y llegan los días grandes, la semana santa. Y Chilindrón saldrá el domingo de ramos con la borriquita. Su madre ya ha sacado la túnica y el capirote y están puestos en alto, oreándose de estar todo el año guardados entre las bolas de naftalina.

-Este niño, es muy nervioso, dice el padre de Chilindrón. ¿Pero otra vez lo vas sacar de nazareno? Se aburre, se pone nervioso y luego...Diantre de chiquillo. Acuérdate del año pasado.

-Pues aunque fuera un trueno, a este niño lo visto de nazareno, contesta la madre.

Y no hay más que hablar. Porque Chilindrón sabe que en boca cerrada no entran moscas y a él le gusta acompañar a la borriquita. Qué estampa más hermosa: el Señor en una borriquita y Chilindrón delante, para que no se espante.

Ya es el domingo grande. Ya va Chilindrón, de mano de la madre, vestido con su túnica limpia y el capirote alto –para saber dónde está– que le baila un poco en la cabeza. Ya están la burra y los ramos y la chavalería impaciente en las filas, con sus cirios blancos encendidos. Y los niños en hilera están llevándose el sol en sus velitas de cera. Ya asoma la borriquita por la puerta de la iglesia. Ya toca la banda. Ya lanzan un cohete. Ya aplaude a rabiar la gente. Ya... qué digo: delante del paso va don Juanito con su traje nuevo y un pañolón para el sudor de la frente. Va al lado del capataz del paso. Señores, allá que van los tres bien cerquita: Chilindrón, el burro y don Juanito. Tres o cuatro guiris, tres o cuatro niños empiezan a reírse del pañolón grande y la cómica estampa de don Juanito. No son del barrio. No los conoce nadie. Chilindrón se saca el capirote, se deja el rostro descubierto y le saca la lengua a esa canalla.

Se va hacia el capataz y los señala con el dedo:

-¡Se están riendo de don Juanito!

El capataz los mira, se lleva la mano derecha al nudo de la corbata como quien cierra un nudo corredizo y con la otra mano los señala.

-Hasta aquí pudiéramos llegar. A ver, nene. Móntate en los hombros de don Juanito. Que la cosa va a salir hoy hasta en los papeles de escribir.

Y allá que están el niño nazareno y el hombrón niño justo delante del paso parado entre el gentío. Los guiris ya no se ríen: notan la enemiga de los vecinos, el nudo corredizo apretándoles el gaznate. Chilindrón está en alto, subido sobre don Juanito, coge el llamador del paso. Da el aviso.

–¡A esta es!, grita el capataz.

Chilindrón toca fuerte con el llamador. Y el paso se alza arriba, con la burra hasta el cielo. La primera chicotá es de don Juanito, que se seca la frente con el pañolón. Toca la banda. Un cohete sube y deja en el cielo una estela blanca como una rúbrica para firmar un domingo de gloria. Ole don Juanito. Ole ese trueno vestido de nazareno.

Imagen: <http://sevilla.abc.es/20120313/semana-santa/sevi-capirotes-201203130125.html>